

tenido éstas que sufrir el choque de nuestra caballería, hizo activar sus disposiciones de retirada para no hacer definitivo el triunfo de las armas nacionales.

Mas sucedió que, habiendo tenido noticia el jefe de la escolta de los trenes americanos que la caballería del general Miñón amenazaba cortarle la retirada, tuvo que retroceder; y con sus mismos carros formaron entre Buenavista y la entrada norte de la garganta de la Angostura un reducto defendido por todas las reservas de Taylor, que á la sazón efectuaba un gran movimiento de retroceso tras de las últimas lomas...

¡ Ya era el crepúsculo! Un crepúsculo frío y rápido, cuyas tintas violáceas manchaban negras nubes de pólvora, rayadas á trechos por los rojizos relámpagos de nuestra única batería ó por las chispas amarillentas de nuestros fusiles cuyo tronante fuego iba menguando á medida que las tinieblas avanzaban, en un *decrecendo* siniestramente trágico.... Los últimos gritos del combate, de triunfo ó rabia, de angustia en los heridos, de cólera y audacia en los que aun desafiaban á los ya invisibles adversarios, fuéronse extinguiendo también, hasta que, por fin, uno y otro beligerante quedó inmóvil y silencioso bajo la inmensa obscuridad helada que envolvió el campo de batalla!...



VIII

DESPUÉS DE LA BATALLA

LA RETIRADA Á SAN LUIS

Después de tan terrible jornada, nuestras tropas permanecieron sobre el campo conquistado al enemigo, con la satisfacción y el orgullo de haber obtenido un gran triunfo, tanto más digno de gloria para las banderas mexicanas, cuanto más sangre había costado adquirirlo.

Aunque todos comprendían que tendría que darse otra batalla para destruir por completo al adversario, arrojándole hacia el Norte, después de escarmentarle enérgicamente, y aunque se esperaba que hiciera tenaz resistencia, había en nuestras filas el suficiente ánimo y la más completa resolución para batirse con el mismo denuedo con que habían peleado todo el día 23.

¡ Mas cuál sería la sorpresa, la cólera, la indignación, la amargura de todo el Ejército al saber la estúpida orden de emprender violenta retirada en plena noche, después de los horrores y los triunfos del día!

Nadie pudo comprender la causa de tan singular disposición.

¿A qué la abnegación y el valor prodigado durante la batalla, de qué había servido la victoria, si no se aprovechaba persiguiendo al enemigo, si por el contrario, se le abandonaba el campo? ¿Por qué se retrocedía?

Un sordo murmullo preñado de angustiosas é indignadas protestas recorrió las filas, en las tinieblas.

Entonces, como en la Resaca de Guerrero, como en Monterrey y Tampico, la fatídica palabra, la vergonzosa frase que hace tantos siglos azota como una maldición á todos los pueblos en las catástrofes de su historia, entonces la abominable voz *traición!* fué cuchicheada, murmurada, gritada, escupida en las sombras, vibrando á veces como un grito de cólera sagrada ó estremeciendo el ambiente glacial como un largo suspiro de melancólico desfallecimiento...

¡Traición! ¡Traición! ¡Traición!

Antes de seguir al Ejército mexicano, desangrado, hecho pedazos, estremecido de frío y desesperación, hambriento de pan y victoria en su triste retirada á través de la noche, emprenderemos á galope un lúgubre paseo por el campo del combate.

Ved allá lejos, en el fondo de la ennegrecida garganta, manchas luminosas y sangrientas que rasgan á trechos la obscuridad de la noche, como estrellas de púrpura: son las fogatas del ejército americano tendiéndose sobre la ondulante línea de las últimas lomas. Nuestros terribles enemigos, después de las tragedias de la lucha, siquiera descansan y se confortan, calentándose cerca de un buen fuego á cuya grata claridad devoran cena copiosa y nutritiva. En efecto, sus convoyes están próximos, y vienen bien provistos de ali-

mentos... más allá, en las tiendas de campaña, oficiales y jefes cenan también tranquilamente, bebiendo Ginebra y cerveza, en tanto que por las negruras lejanas de su campamento, circulan los servidores de sus ambulancias recogiendo sus heridos que al instante serán curados.

¡Qué doloroso contraste entre el campamento enemigo y el nuestro! Allí el descanso, el fuego, la cena; acá la fatiga, los confusos preparativos para una larga marcha, cuando aun no se seca el sudor de todo un día de combate; aquí la obscuridad, el frío, el hambre y la sed, los heridos abandonados en el campo, retorciéndose lúgubrementé, desangrándose, lanzando en las frías tinieblas dolorosos gemidos!

¡Y este pobre ejército que así se sacrifica, ha triunfado!... Sus cadáveres yacen tendidos por entre las lomas, á lo largo del camino, hasta más allá de la retaguardia del campo enemigo, aun más allá de la hacienda de Buenavista. Pero donde se amontonan en mayor número, es en la falda del cerro de la derecha y en el fondo de las torrenteras del centro.

Dura y porfiada fué la refriega. El ejército mexicano había tenido 694 muertos entre ellos 5 jefes y 21 oficiales, 4,039 heridos inclusive 13 jefes y 92 oficiales, más 294 prisioneros en poder del enemigo. Éste tuvo 267 muertos, 456 heridos, contándose entre los primeros 28 jefes y oficiales.

Como trofeos arrancados al ejército americano se contaron tres piezas de artillería con sus municiones correspondientes en sus cajuelas, cuatro carros y tres banderas. Bien fácil es imaginar lo terrible que debió haber sido el combate que se librara para lograr obtener de un adversario parapetado tras excelentes

posiciones, poderosamente fuerte, con sus baterías que barrían las columnas mexicanas que avanzaban al asalto en masa, á pecho descubierto y con el arma al brazo!

Los episodios de aquella lucha tan prolongada son innumerables y gloriosísimos para nuestras águilas.

Ya hemos referido la magnanimidad con que algunos oficiales mexicanos salvaron la vida de los soldados americanos acosados por los nuestros á la bayoneta, cuando en su furor no perdonaban á sus enemigos.

En uno de los combates que sostuvo la caballería mexicana á retaguardía de las posiciones contrarias con las reservas de Taylor, el comandante de escuadrón del regimiento de Húsares, Juan Luyando, iba á pasar con su lanza á un riflero; pero éste cayó de rodillas y pidió gracia en un tono patético. El jinete compadecido lo dejó atrás pasando él adelante; mas al momento el agraciado se levantó y, apuntando al que le debía la vida le hizo fuego con su rifle. ¡El compasivo Luyando cayó muerto! Esta infamia exacerbó el furor de nuestros soldados que vengaron debidamente á su comandante.

Después del aguacero que cayó en la tarde y dió tregua algún tiempo á la lucha, rehaciéndose ambos beligerantes, para proseguirla después con más encarnizamiento, cuando aun no volvían los mexicanos á la carga y sólo se escuchaban de cuando en cuando los cañonazos que se enviaban recíprocamente la batería de la derecha americana y la de nuestra izquierda, se vió salir de una de las barrancas, hacia el camino, un hombre á caballo, en traje de paisano, que á todo galope se dirigía hacia las posiciones enemigas mar-

cando su dirección rumbo á la batería que hacía fuego á la nuestra.

Se creyó de pronto que sería algún explorador del enemigo que volvía á incorporarse á su campo. Viósele llegar ante sus cañones y allí, rápido, lanzar al aire su reata que revoleó, tendiendo el lazo hacia el centro de la batería; mas no habiendo prendido, volvió grupas y regresó á toda brida hacia la línea mexicana, bajo una lluvia de balas que le enviaron los tiradores enemigos, quienes habían permanecido estupefactos ante semejante audacia.

Con profunda admiración presenciaron los nuestros aquel acto. ¿Quién era aquel hombre?

Pronto se supo, cuando volvió á las líneas. Era un antiguo insurgente llamado Villarreal, que á la sazón prestaba sus servicios en artillería, dice un testigo de su heroísmo, en calidad de conductor de parques, con carácter de sargento segundo.

El viejo Villarreal, buen charro y que en la guerra de Independencia había lazado españoles, contó que había querido ir á traerse á un *yankee* prendido en la punta de su reata, para no quedar sin hacer algo en aquel gran día.

Y ya que evocamos algunos de los incidentes de la batalla, al tender una mirada sobre el amontonamiento de desastres sobre el campo, recordemos el hecho curioso de que después de los últimos combates en la retaguardia enemiga, se presenta á nuestro general en jefe un parlamentario intimando rendición. Santa Ana, asombrado, orgulloso con las ventajas adquiridas por su ejército, creyendo ya, acaso, en el exterminio del contrario, la niega rotundamente.

Como es fácil de comprender, esto hubo de ocasionar grande extrañeza, tanto más cuanto que el enemigo á su vez, según explicación de los oficiales americanos, se jactaba de haber recibido poco antes un parlamentario mexicano en nombre de su general. Lo que pasó fué que un oficial de Estado Mayor que iba en las primeras filas de nuestras columnas que atacaron con gran ímpetu á los americanos, quedó confundido entre ellos. Viéndose solo, no queriendo ser muerto ni hecho prisionero, se fingió parlamentario, y como iba bien uniformado y tuvo audacia y serenidad, pudo llegar hasta los principales jefes americanos, engañádoles con su fingida misión de parlamento.

Ufanos aquéllos con tal demanda, enviaron dos de sus oficiales acompañando al nuestro, y haciendo saber un principio de armisticio al general Parrodi, jefe de las líneas mexicanas que sostenían á la sazón lid encarnizada con las contrarias por donde hubieron de atravesar los seudo parlamentarios, suspendiéronse por un momento los fuegos de las fracciones beligerantes.

Tal es la explicación del surgimiento, á la hora más crítica de la batalla, de aquellos parlamentarios que se presentan en uno y otro campo, dando lugar á que los respectivos jefes de ambos ejércitos, consignaran cada uno por orgullo tal incidente.

La batalla terminó, como lo hemos dicho, con el último y decisivo ataque de todas las columnas mexicanas que habían entrado en acción, más todas las reservas de Santa Ana, contra el centro enemigo, y no obstante el excesivo cansancio y la extenuación de nuestras tropas que no habían probado alimento desde la noche anterior, éstas realizaron maravillosos triunfos parciales, batiéndose en contienda desigual con las fuer-

zas enemigas, protegidas por su numerosa artillería.

En esos ataques, los jefes mexicanos se pusieron á la cabeza de sus batallones á los que animaban con gritos bélicos, señalándoles con sus espadas ó con sus látigos, las posiciones contrarias sobre las que se habría de cargar. Jefes hubo que tomaron la bandera de su batallón, levantándola con su brazo derecho, y al frente de su tropa, á caballo, se precipitaron sobre el enemigo como guiones soberbios marcando gloriosamente el camino del honor y del deber!.... Otros oficiales heridos gravemente, se hicieron transportar por los soldados más robustos, bravos y fieles, para poder conducir sus secciones al combate....

En fin, no terminaríamos si quisiéramos narrar todas las peripecias de la sangrienta batalla de la Angostura con sus épicos detalles que hemos evocado rápidamente al lanzar una triste mirada sobre la escena de la enorme tragedia roja....

¡Qué angustiosos pensamientos y qué amargas reflexiones asaltan nuestro espíritu al contemplar el siniestro panorama que ofrece, en la noche, en la penumbra lívida que preside allá en el cielo brumoso, el miserable gajo amarillo y corvo de la luna nueva, — nuestro campamento henchido de heridos y cadáveres, moviéndose las tropas en desorden para emprender la retirada, — una retirada en sigilo, vergonzosa, que más parece una fuga de gavillas de cobardes...

¡Ah! y no lo eran ¡vive Dios! aquellos buenos mexicanos!... bien lo habían demostrado durante la batalla cuyo triunfo habían creído obtener; pero que en virtud de aquella retirada, convirtiase la victoria en derrota.

Es muy amargo tener que considerar, que si en toda la gran serie de combates que unos tras otros fueron ganando nuestras tropas, hubiese habido más armonía y cohesión, acudiendo las reservas inmediatamente al lugar del triunfo, si en vez de obrar, desperdiciando sangre y valor, aisladamente sobre Buenavista, hubieran cargado las caballerías y tropas ligeras de infantería ayudadas en el propio instante por los dragones de Miñón, cuya fuerza debía haber permanecido á la expectativa, pero cerca del campo, á retaguardia del enemigo, en actitud de embestir en el minuto preciso; que si todo esto se ejecuta como bien pudo hacerse, el adversario, desbordada su izquierda, atacado reciamente por este flanco, separado de sus reservas, perdida su extrema retaguardia, hubiera tenido que retirarse á través de nuestras caballerías, desesperadamente, en desorden, y dejando en nuestro poder muy buena parte de sus codiciables trenes de provisiones!

¡No! y no es una utopía y un simple buen deseo de ingenuo patriotismo el apuntar esta reflexión sugerida ante el cuadro general de la batalla; ella se deduce de este mismo, informada por actores y testigos de la catástrofe, y más aún — y esto es irrefutable — por el dicho de nuestros mismos enemigos.

Y aquí tiene que surgir en medio de la dantesca escena de la retirada, entre el lodo, humo y sangre, el gran culpable, uno de los que deben soportar en la Historia, como un anatema, el peso de sus terribles responsabilidades.... ¡El general Santa Ana!

Él había lanzado su ejército sin elementos de combate, sin provisiones, á través del desierto, arrojándole torpemente después de inauditas fatigas contra un

desfiladero atravesado por series de escarpadas trincheras naturales, con anchos fosos, buenos para sepultar batallones enteros.... él había conducido sus columnas, sin darles fuerzas ni descanso, contra los recios baluartes de cerros y lomas, sin proteger con artillería suficiente la muchedumbre bisoña con que abrumó el ejército, sin que para nada sirviera aquella... y él, por último, no obstante haber conseguido el triunfo á costa de inmensos sacrificios, lo desaprovecha, y ofuscado y pusilánime, en lugar de proseguir lo empezado con tanto brío, retrocede en desorden, lamentablemente, abandonando las posiciones conquistadas al enemigo, al que deja dueño del campo!

Para más acentuar estas consideraciones que son capitales y para que se vea con cuánta justicia las anotamos, subrayando el valor de nuestras pobres tropas, tan heroicas en las marchas como en la pelea, trasladamos aquí las frases que acerca de ello tiene un historiador norteamericano:

« La celeridad y el sigilo de la marcha desde San Luis, casi no son sobrepujables. El movimiento de la Encarnación á Agua-Nueva y la marcha continuada hasta la Angostura, haciendo cerca de cincuenta millas en veinticuatro horas; y el comienzo inmediato de la batalla, cuando se recordará que en treinta y seis de las expresadas millas faltaba el agua, y que la gente sólo había tomado alimento escasísimo, prueban cuán terrible podría ser un ejército mexicano, con sólo que las tropas que lo componen tuvieran la moral necesaria para conservar y utilizar las ventajas que su capacidad de sobrellevar fatigas y privaciones las pone en aptitud de obtener.

« En esta batalla, sin embargo, aunque el general

Santa Ana inmediatamente distinguió el punto que le ofrecía ventaja, y ganó la posición que primero quiso; como después se ha asegurado por uno de sus mismos generales (Miñón) hubo falta de combinación y se abandonó la prosecución de las ventajas obtenidas, fijando el general en jefe su atención en los movimientos de un solo cuerpo, más bien que en el conjunto de la batalla ».

La retirada empezó á las 7 de la noche, partiendo primero los trenes y la artillería, y en seguida la efectuaron los diversos batallones del ejército, descendiendo lentamente de las lomas que con tantos esfuerzos y al precio de tanta sangre se habían conquistado. Al principio se ejecutó ordenadamente; pero el cansancio de la terrible jornada de combate, la ira noble que experimentaba la tropa al retirarse sin gloria cuando tanta merecían, el hambre — ¡ aquellos infelices llevaban 24 horas sin probar bocado y se habían batido como leones! — el frío, hicieron perder toda moral, toda cohesión en las filas, y pronto los grupos constituidos se desintegraron, confundándose y mezclándose unos con otros hasta convertirse la columna en un rebaño fantástico galopando en las tinieblas.

La claridad esfumada y lívida de la luna nueva daba un tinte siniestro á aquellas sombras que se amontonaban en el camino, como un río fragoroso, por el chocar de las armas y el rumor de sus pisadas, de hombres espectros, río de humana miseria, corriendo hacia desconocidos destinos, azotadas sus ondas por un viento de catástrofe....

¡ Quién sabe qué pensamientos cruzarían en aquel

instante de suprema ruina, por la mente del hombre que había dirigido la acción de 12,000 hombres; quién sabe qué peso oprimiría su corazón al contemplar allá en el fondo indeciso de la llanura, aquella corriente encauzada por él á un término muy distinto del que pedía la salvación de la Patria!

Al ocultarse la luna, aumentó la confusión de la marcha, guiada sólo por los lejanos fulgores rojizos del incendio de la hacienda de Agua Nueva.

Por fortuna, el general Taylor estaba muy lejos de creer que nuestro ejército abandonara sus posiciones y las ventajas adquiridas; lejos de ello, esperaba un nuevo y más vigoroso ataque, y para resistirlo se preparaba el general americano, estudiando ya el modo de retirarse, abriéndose paso hacia Monterrey.

En efecto, ninguno de los jefes americanos se percibió de la retirada del ejército mexicano, y en ello, debemos advertirlo, cometió una grave falta militar por no haber tenido exploradores, ni partidas destacadas en observación de nuestro campo para no perder el contacto con el enemigo, dejando de estar al tanto de sus menores movimientos.

Imagínese el efecto que hubiera producido sobre aquella fatigosa y desmoralizada columna, una descarga de fuerte batería que barriera en su profundidad con toda aquella masa de hombres, lanzando en seguida sobre ellos unos cuantos escuadrones de caballería, para completar el pánico!

¿ Qué resistencia se podía haber ofrecido en esas condiciones? ¿ Qué cuerpos organizados pudieran haber sostenido la retirada del resto del ejército?

Si Taylor hubiese sido un perfecto general táctico, habría estado alerta de nuestros movimientos para su

propia seguridad ó para aprovecharse de la profunda desmoralización, abatimiento y desorden que introduce en toda tropa una retirada.

Santa Ana á su vez debió haber comprendido á lo que se exponía retirándose, al azar, aventurando la destrucción de su ejército. Por otra parte, debió notar que el enemigo no se movía para nada, intentando perseguirlo, lo que demostraba plenamente ó un profundo quebranto, ó un culpable descuido, y tanto en uno como en otro caso, debió acometer á su adversario en estas condiciones, con la seguridad de derrotarlo.

¡He aquí cómo ambos jefes beligerantes comprometieron cada uno por su parte la suerte de sus valientes ejércitos por su respectiva ineptitud!

La batalla de la Angostura tenía que haber sido decisiva, de terrible efecto, de fatal exterminio para uno de los combatientes, y de victoria completa para el otro.

Santa Ana alegó como causa principal para su retirada el que el ejército carecía de rancho, y tras las fatigas de la batalla no podía comprometer otra al día siguiente. También tomó en consideración que la Patria no contaba, por entonces, sino con aquel ejército que quería conservar para continuar la defensa en el interior del país.

Pero estas razones se desvanceen al punto si se considera que la retirada tendría que ser, como fué, mucho más desastrosa que una batalla, aunque ésta hubiese tenido por resultado una derrota.

No, nada disculpa al jefe mexicano su actitud fatal para las armas de la Nación Mexicana en la noche del 23 de Febrero de 1847.

Toda aquella masa de hombres acampó en desorden, y según iban llegando en torno de la casa de la hacienda de Agua Nueva, cuyo incendio aun no se extinguía.

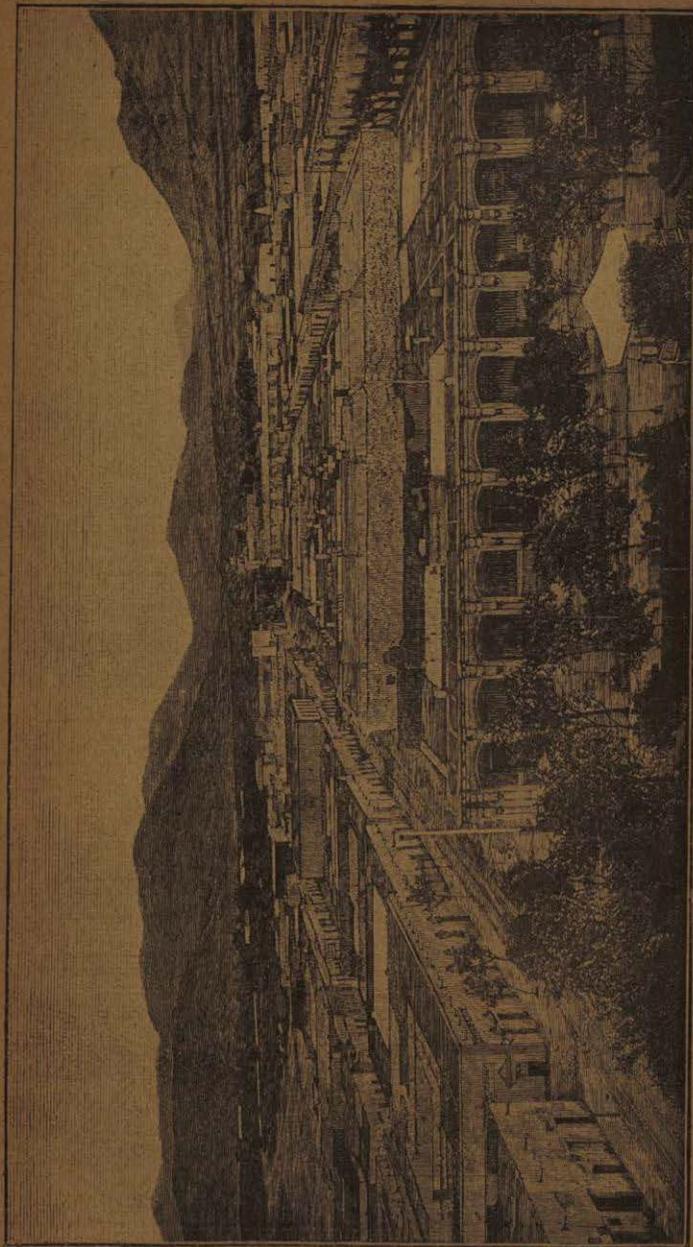
Esa misma noche reunió el general Santa Ana un consejo de guerra en el que se acordó, por sugestión suya, que la retirada era indispensable. ¡Ningún militar de los que integraron aquel consejo tuvo la conciencia y la energía suficiente para protestar contra aquella resolución que se consignó por escrito, para mayor mengua de los que la firmaron!

Al día siguiente, se reorganizaron los batallones, procurando dar algún orden al campamento, en el que al fin se repartió un escaso y mal rancho.

Las tropas continuaron acampadas hasta el día 26, en que se empezó á levantar el campo, principiando la triste y lamentable contramarcha, á través del desierto, rumbo á San Luis.

Después de quince jornadas en que el ejército fué regando el camino de enfermos, heridos, cansados, desertores y muertos, después de angustiosos días de fatiga, tristeza y desaliento, se llegó al fin á aquella ciudad.





Vista de Chihuahua.

IX

EL DESASTRE DE SACRAMENTO

Vamos á dirigir ahora la mirada que ha estremecido tanto — al transmitir al cerebro el panorama de la última batalla — nuestro corazón de mexicanos, hacia un lejano teatro de combate... Vamos á trasladarnos hacia el Norte de las regiones de Chihuahua... Allí hubo también heroísmos infortunados!

¡Oh el valiente y heroico Estado! Hacía mucho tiempo que centenares de tribus salvajes que pululaban entre los bosques abruptos de la Sierra Madre ó por las vastas llanuras que se tienden á la falda de sus montañas, hacia mucho tiempo que llevaban el terror á todas las poblaciones, desde las más humildes rancharías, hasta la misma capital del propio Estado.

Éste, siempre se encontró defendido sólo por sus fuerzas locales, sin que jamás hubiese tenido ayuda alguna eficaz por parte del gobierno federal que tenía que atender á la seguridad del resto de la República, enviando tropas respetables que fuesen á contener los ímpetus feroces de las hordas bárbaras que en to-

rrentes de destrucción estupenda se desbordaban sobre todo lo que significara vida y riqueza.

Chihuahua estaba, pues, en aquella época completamente abandonada á sus propios recursos. Apenas si había grupos de soldados que formaban las llamadas « Milicias presidiales », pretendiendo constituir cierta defensa en los desiertos campos, y una escasa y mal organizada tropa de Guardia Nacional, en la ciudad.

Cuando en ella se supo la explosión de la guerra entre nuestra república y la norteamericana, estalló el patriotismo de los buenos y bravos chihuahuenses. No importaba que se vieran sin apoyo alguno y sin la más débil comunicación con el centro del país, y más en épocas en que los caminos, á través de comarcas desiertas, son intransitables; no importaba tampoco á los fronterizos su absoluta carencia de armas y conocimientos militares, que orgullosamente despreciaban con lamentable altivez. No les importó entonces porque creyeron suficiente preparación para la victoria su patriotismo, su valor y la confianza en el triunfo!...

Más se exaltaron cuando supieron que el ejército americano enviaba una de sus divisiones contra el Estado de Chihuahua.

Así fué. En el plan de campaña ideado por la Secretaría de Guerra de los Estados Unidos, hubo la disposición de que además del cuerpo de Ejército del Bravo con que el general Taylor maniobró, se dispusieran otros dos: uno llamado del Oeste y otro denominado del Centro.

Éste se formó en Texas, integrándose en gran parte con voluntarios y miles de aventureros y aun hábiles comerciantes que levantaron sendas compañías de rifles que debían proteger largos convoyes de carros

cargados con efectos, de cuya venta pensaron obtener (como lo obtuvieron) pingües ganancias.

El general Triás, que se hallaba al frente del Gobierno del Estado de Chihuahua, intentó hacer un esfuerzo potente, ayudado por los hijos de aquellas regiones, para resistir y aun arrollar á los invasores.

Sin artillería, sin armamento, sin gente disciplinada, y sobre todo, sin recursos en aquella crisis en que se unía al nuevo peligro el de la guerra con los bárbaros, como enumera puntualmente un periodista de la época, faltaban todos los elementos indispensables para la lucha. Sin embargo, hubieron de efectuarse verdaderos milagros. El patriotismo fronterizo produjo increíbles agrupaciones de mexicanos, dispuestos á morir por la patria, confiados ingenuamente en los destinos gloriosos de las causas nobles!...

Á medida que el norteamericano avanzaba sobre el Bravo, y aun después de tenerse las tristes noticias de nuestras derrotas de *Palo Alto*, *la Resaca*, *Monterrey* y *la Angostura*, se fueron activando las ejecuciones de diversos planes para la campaña. Se reglamentó un préstamo entre todos los habitantes del Estado; se estableció fundición de cañones, se recogieron cuantos restos de armas inútiles se encontraron, se proveyó de vestuario y equipo á la Guardia Nacional y á otras fuerzas que pudieron reunirse, montándose con cierto relativo lujo algunas de ellas. Hicieronse ejercicios, aunque mal dirigidos, como es fácil de comprenderlo, dada la falta de jefes veteranos que pudieran instruir tropas bisonas é impresionables, en tan corto tiempo.

Una sección de 500 hombres de caballería é infantería, se destacó hacia el Norte, en vista del rápido avance del enemigo sobre el río Bravo, incorporándose

á aquella fuerza en Paso del Norte varios piquetes de compañías *presidiales*, más algunos grupos de valientes y patriotas hijos del Chihuahua, que no vacilaron un instante en alistarse en las primeras filas que en aquel rumbo iban á recibir el choque del Invasor:

Los mismos vecinós, aun los más humildes, vibrantes de ardiente patriotismo, ayudaron á las fuerzas que iban á combatir por la Patria, suministrándoles toda clase de recursos, aliviando grandemente sus penalidades.

Apuntamos estos detalles en el esbozo de esta triste campaña porque dan al militar mexicano, lo mismo que al joven hijo del pueblo, una nota que no debe olvidarse jamás: ¡Allá en la Frontera, allá en los límites septentrionales de la extensión patria, lejos del país, vibraron entusiasmos heroicos y hubo anhelos bélicos por la pelea libertadora; pero en el mismo centro del territorio, donde latían focos de inteligencia y saber, hubo apatías vergonzosas, envidias, odiosas rivalidades y fratricidios colectivos... ¡Y eso cuando más unidad se necesitaba en toda la Nación, cuando el Centro que podía hacer luz y dirección no integraba un verdadero ejército, animando, ilustrando y conduciendo á los hijos de las regiones fronterizas, todo entusiasmos y energías!

El 21 de Diciembre, partió una sección mexicana hacia el río Bravo, donde el enemigo con una fuerza de 700 hombres sin artillería, había acampado, aprovechando la margen sinuosa de apacible remanso, defendiendo su campamento con sus carros de bagajes, en forma de reducto.

Es el 24 de Diciembre, y la sección destacada va á atacar la posición americana; el jefe de los nuestros,

Ponce, hace formar en línea desplegada su tropa con la infantería en el centro, los dragones en los flancos, y á retaguardía un obús.

¡La victoria iba á ser nuestra; la sección mexicana llena de entusiasmo avanza decidida al ataque del improvisado reducto que acaba de formar el enemigo con sus mismos trenes.

Pero avisado por sus exploradores y centinelas, forma en cuadro presentando al frente tres filas, cuyos rifles apuntan á nuestra línea asaltante, esperando abatirla á quemarropa, en tanto que aquella rompe el fuego avanzando terreno y dispersándose en tiradores por entre los cuales hace sus descargas el obús... ¡He aquí cómo completa el trazo de tal cuadro un historiador testigo:

El ala izquierda avanza también en formación de batalla conducida por el mismo Ponce, y el flanco derecho se adelanta por hileras. El enemigo hace su fuego primero por secciones en descargas cerradas y en seguida graneado; pero bien pronto la primera fila de su frente se desordena y huye hacia el bosque donde los oficiales se esfuerzan por volverla á hacer entrar en acción. Ponce, frenético, manda entonces tocar á *degüello* y aquel toque ¡circunstancia inaudita! es la señal de la retirada... ¿Hubo maldad ó equívoco en el trompeta que hizo vibrar aquel toque?...

¡Quién sabe! El caso se resolvió en una derrota completa para las armas nacionales.

Una parte de las secciones fronterizas se retiraron en buen orden, protegiendo la otra la retirada, no sin que el enemigo se apoderase del obús.

Esta pequeña victoria hizo dueños á los invasores de la Villa de Paso del Norte, donde se enarboló su

padellón norteamericano el 26 de Diciembre de 1846.

No obstante, los chihuahuenses no se desanimaron, deseando más que nunca ir á detener ó á arrollar al enemigo.

Sus tropas, al mando del coronel Doniphan, se aprestaban desde el Paso á emprender una marcha decisiva sobre Chihuahua y los principales puntos poblados que le circundaban entonces.

El jefe americano principió sus operaciones el 8 de febrero de 1847, con tal confianza que sólo con una pequeña descubierta de dragones é infantes ligeros apoyó su columna de 1000 hombres, con una escolta de voluntarios que protegían trescientos dieciséis carros conduciendo provisiones para el Ejército, y mercancías que, como hemos dicho, iban vendiendo aventureros comerciantes.

Habiendo conocido los jefes mexicanos el rumbo exacto hacia donde dirigía sus fuerzas el Invasor, se resolvió resistirle en el punto llamado el Sacramento, á siete leguas de Chihuahua.

El general Heredia, en combinación con el general Trias y con García Conde, hizo levantar algunas fortificaciones en aquel paraje que sobre el camino de Chihuahua á Nuevo México, debía presentar terrible barrera al avance arrollador y ya temible de las fuerzas norteamericanas.

Acampó el 27 de Febrero la división chihuahuense compuesta de 2000 hombres, todos bisonos, apenas malamente iniciados en algo que no era sino una sombra pálida de instrucción y disciplina militar.

Era una división corta en verdad, dice un testigo de los tristes sucesos que vamos narrando, pero perfectamente armada, provista de toda clase de viveres para

una campaña de algunos meses por el desierto, pagado hasta el último soldado, y con fondos en caja para lo sucesivo, vestida toda la tropa de una manera cómoda y decente, y surtida de abundante parque y toda clase de municiones de guerra. Los buenos chihuahuenses veían con orgullo aquel resultado de sus trabajos, y reconocían en cada pieza de artillería, en cada fusil, en cada objeto del equipo, el fruto de sus afanes personales. Nada existía tres meses antes: todo era creado por ellos; todo era nuevo; todo lucía flamante. Y se llenaban de satisfacción al notar el entusiasmo virgen de aquellas tropas, cuya fe, cuyo abandono en el porvenir, se manifestaba en la alegría de sus semblantes, en el júbilo que reinaba en sus reuniones, y en la ciega adhesión que mostraban á los superiores. No era el solo prestigio del mando el que tenían los jefes y oficiales; era su popularidad, su franqueza y ese influjo de familia, por decirlo así, que ejercen los personajes queridos en pequeñas sociedades aisladas.

Una serie de reductos unía los dos extremos de nuestro frente, limitado á Este y Poniente por dos pequeñas serranías, abarcando una extensión de poco menos de dos leguas, destacándose de la cordillera occidental algunos cerros, cerca de cuya base se levantaba entonces el rancho del Sacramento. Eminentes colinas terminan la opuesta serie de lomas más al Norte, aproximándose al camino de Chihuahua.

Á partir de ambos flancos, en un ángulo que determinaba en nuestra línea un martillo ofensivo, ligáronse pequeñas obras de fortificación pasajera, con amplios claros practicables para la caballería, la cual por orden

del general Heredia fué á situarse en observación del enemigo, destacándose de ella diversas secciones á vanguardia.

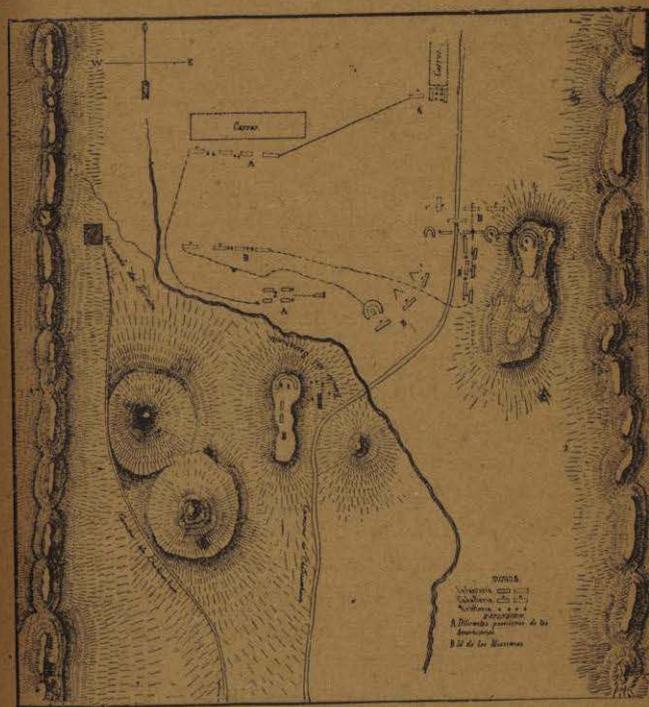
En la tarde del día 28, se presentó éste en actitud decisiva para embestir nuestra línea de batalla. Su frente lo integraba la caballería, el centro la infantería y artillería, y la retaguardia sus trenes, (más de 300 carros) custodiados por dragones á sus flancos y espaldas.

Bajo el escalón de donde principia á elevarse en suave pendiente una loma que domina la carretera, se organizaron los jinetes fronterizos en tres columnas, en tanto que la infantería, formada también en tres secciones, hallábase sobre la línea de reductos.

En cuanto el enemigo se vió á tiro de cañón de nuestras posiciones, hizo alto, principiando rápidas maniobras para dar el ataque. En este momento el general Heredia ordenó que su caballería fuese á situarse sobre el camino, á retaguardia de la infantería, creyendo ingenuamente que los americanos atacarían de frente sobre la parte central de nuestras trincheras, es decir, hacia el punto más fuerte de la línea de batalla, — error infantil, pues en la guerra se pega siempre sobre el punto más débil.

Las columnas asaltantes se dirigieron velozmente oblicuando á su derecha, rumbo á la hacienda de Torreón, con el intento de flanquearnos. Heredia dispuso que nuestra caballería fuera á impedir semejante maniobra, marchando paralelamente al contrario. La infantería mexicana salió de sus defensas, pasando á situarse á la derecha de la caballería, frente al enemigo que ya había formado en batalla, cubriendo éste sus baterías con una cortina de dragones, que pare-

cían esperar el choque de los nuestros, quienes avanzaron á todo galope, en medio del más frenético entusiasmo, lanzando gritos de anticipado triunfo, á lo alto los sables, en ristre las lanzas de los unos, amar-



Croquis de la batalla de Sacramento.
Formado por el Sr. general D. Pedro G. Conde.

tilladas las pistolas de los otros; ; todos dispuestos al formidable asalto!...

Y sucedió que al encontrarse los jinetes fronterizos á un cuarto de tiro de cañón del enemigo, éste descubrió, hábil y rápidamente, sus baterías, arrojando una

tempestad de fuego y plomo sobre nuestra masa de tumultuosos *charros*. Integrados éstos por gente de llanuras y montañas, gente que no había escuchado nunca un disparo de artillería, al oír aquel estruendo que no esperaban, y ver de súbito la sangre y la muerte en sus filas, produjo un pánico terrible, y la columna vaciló. Sin embargo, gracias á los esfuerzos de bravos oficiales, se logró llevar adelante la embestida; pero las enemigas líneas redoblaron sus descargas, y los escuadrones chihuahuenses, no ejercitados en las maniobras necesarias, no pudiendo rehacerse, perdieron su formación y al fin se dispersaron en desorden, yendo á caer sobre la infantería, á la que atropellaron, comunicando el pánico. En vano nuestra artillería rompió también sus fuegos; ¡era imposible reanimar la moral perdida!

El general Heredia hizo abrigar entonces á la infantería tras los parapetos, á cuya retaguardia se situaron los dragones que al fin se pudieron reunir.

El americano, animado por un triunfo que nunca hubiera juzgado tan fácil, empezó á moverse en espesas columnas que llevaban á su frente tiradores á caballo, y cañones ligeros, entre ellos, rumbo hacia nuestros reductos, en tanto que de éstos se retiraban los cañones en virtud de una orden mal entendida que diera el general Heredia, consistente en trasladar dos piezas del más grueso calibre á la cima del cerro del Sacramento, cuyos fuegos debían cruzarse con los del otro reducto en el valle, sobre el enemigo. No se comprendió tal orden, en medio de la confusión que reinaba en toda nuestra línea: así fué que se desguarneció de pronto y cuando más se necesitaba de artillería, la línea de atrincheramientos, y fué en este preciso ins-

tante cuando las columnas americanas cargaron sobre las obras de la derecha, la que falta de cañones, y viéndose abrumada por superior número de tropas, tuvo que ceder, no obstante los desesperados esfuerzos de los oficiales y jefes que trataron de contener la ya inevitable confusión en esta segunda fase de tan triste choque.

¡Lamentable golpe fué aquél, dado terriblemente contra el delirio de entusiasmo y excesivo ofuscamiento de nuestro orgullo nacional, que en plena efervescencia, y momentos antes palpitando con la seguridad del triunfo, hubo de sentirse derrotado ante un enemigo cuyo empuje y potencia en todos sentidos desconocía nuestro ejército!

Aquellos que el día anterior celebraron con pompa su victoria futura, en animada fiesta, creyéndose invencibles, soñando aún con lanzarse, después de arrollar fácilmente á sus adversarios, hasta los inmensos campos de Nuevo México, viéronse en un momento víctimas del más completo desastre!

Las baterías americanas llegan hasta nuestros flancos desde donde enfilan á las tropas fugitivas, siendo inútil todo el heroísmo de algunos oficiales, que resisten, rodeados de pequeños cuadros de valientes, al victorioso impulso del adversario. Allá, dentro del principal reducto, quedan unos cuantos chihuahuenses que sostienen el honor de sus banderas con un brio digno de ellas; y allí se deciden á morir heroicamente! ¡Muerte digna de briosos fronterizos!...

Por acometerles, el coronel norteamericano, Oinz, muere al frente de sus dragones, que se detienen y retroceden, haciendo contener el avance de las piezas

ligeras de artillería que venían tras ellos. Entonces los artilleros americanos intentan abrirse paso á metralla; pero antes, los nuestros, á la vista de aquel pequeño éxito, saltando de los parapetos, toman la ofensiva y cargan sobre la columna asaltante, cuya derrota iba á consumarse, pues casi toda se había retirado ante aquel supremo esfuerzo. Pero el valor admirable de un solo artillero norteamericano la salva: él ha permanecido sereno tras de su pieza, oculto, para que con toda confianza los dragones mexicanos se acercaran en masa á la conquista del cañón que debía suponerse abandonado; mas al llegar á distancia de unos cuantos pasos escupe sobre nuestra caballería un huracanazo de metralla. Y, entonces los nuestros, consternados, vuelven grupas, en tanto que el enemigo se rehace y vuelve á cargar de nuevo, impunemente.

¡De nada sirvieron las piezas de artillería de grueso calibre, que con tantas fatigas se izaron hasta la cima del cerro de Sacramento, porque desde allí no pudieron jugar con éxito, ni tampoco fueron fructuosas las tentativas de los generales García Conde y Heredia para rehacer por tercera vez la caballería, mientras también fracasaban los esfuerzos del general Trias para reunir los desbandados infantes!...

La derrota se consumó, amarga, funestísima y desoladora, abandonándose las fortificaciones de que tan ufanos estaban nuestros jefes, dejando en el campo muertos, heridos, prisioneros, diez cañones y multitud de carros con abundantes viveres, bagajes y dinero.

Heredia se trasladó á Rosales donde quedó establecida la capital del Estado de Chihuahua, en tanto que Trias y García Conde emprendían la retirada por el camino de aquélla.

El 1º de Marzo el coronel Doniphan entró en la ciudad de Chihuahua, horas antes engalanada para recibir á sus triunfadores, y entonces tristísima y desierta, penosamente abrumada bajo el peso de tan funesta catástrofe, llorando la muerte de sus más jóvenes, gallardos y queridos hijos....

.....

..

¡Heroica y bella Chihuahua!... Gloria única es para ti en aquellos amargos días el haber resistido, como lo hiciste, — sola y alta, siempre altiva, — armándote espontáneamente á un vibrante grito de patriotismo, sin recibir, ni esperar ayuda.... Cediendo tus riquezas y la sangre de tu valiente juventud indómita, educada ante el espectáculo soberbio de tus enormes sierras.... ¡Gloria á tus bravos que vencidos fueron admirables en su entusiasmo viril!...

